



le ofreció con 3.000.000 de pension al elector de Baviera y á otros. Ninguno le aceptó, de modo que fué elegido Leopoldo de Austria por medio de un tratado, que restringia sus poderes á favor de Francia, y que le obligaba á restituir el Monferrato á la Saboya y á no dar auxilio á los españoles; con la condicion de que si no lo cumplia, sería depuesto. Fué complemento del tratado la liga que formó Francia entre los príncipes católicos y protestantes, con el pretexto de asegurar la paz de Westfalia, pero en realidad para sujetar al Austria. Luis prefirió tener que tratar con los príncipes uno por uno, á hacerlo con la lenta é irresoluta Dieta, lo cual aumentó la importancia de aquellos. Como recibian y enviaban embajadores, se consideraban como poderes independientes; tenian con Luis pactos particulares; algunos recibian pensiones, por ejemplo, 20.000 francos el elector de Sajonia, 100.000 el rey de Suecia, 10.000, y despues 20.000, el elector de Maguncia, además de los regalos que Luis hacia y de los collares que dió á los diputados de los príncipes en Francfort; de suerte que Luis era el verdadero jefe de la Alemania.

Estas intrigas de Francia hacian creer que no se consolidaria la paz; por otra parte, no podia compararse con Luis XIV, Leopoldo I, el flamenco, que era grosero en sus modales, exagerado en la etiqueta, intolerante en religion, si bien humilde, caritativo, puro en sus costumbres, minucioso en sus devociones, y tan débil, que con frecuencia dejaba impunes los delitos. Obró con acierto al excluir de los tribunales la lengua latina y las penas atroces del código de Carlos, y al consentir que el príncipe Eugenio de Saboya reformase el ejército. Conocia la metafísica y la teología, y habia querido hacerse jesuita; se envanecía de hacer anagramas, inscripciones y epigramas; entendia de cuadros y de música, así como de alquimia y de astrología; protegió las letras, ó por mejor decir, las universidades; y á los que le tachaban de pródigo con los jesuitas, les contestaba que era mejor serlo con éstos que con las cortesanas como Luis de Francia.

Las circunstancias le obligaron á hacer un papel importante en las vicisitudes de aquella

época. Pero el ser émulo de Luis XIV al fin de su reinado, cuando al principio habia sido tan débil, no debe atribuírsele á él ni á sus generales, sino á haberse restablecido y robustecido la nacion. A esto hay que añadir que las ligas entre los Estados y Luis se habian formado por miedo del emperador, y cesaba por tanto su objeto desde el punto en que era conocida su timidez. A pesar de Lobkowitz, su consejero íntimo, ganado por Luis, Guillermo, elector de Brandeburgo, le hizo abrir los ojos; impidió que los franceses pasasen adelante, venció á los suecos, sus aliados, y ocupó gran parte de la Pomerania, fundamento de la grandeza de su casa. Le fué de grande utilidad á Leopoldo la espada del modenés Montecucculi, cuyo mérito consistió en haberse sabido reprimir, investigando, inventando, contemporizando y economizando las escasas fuerzas con que contaba, que era el único medio de elevar de nuevo al Austria.

En Turquía á Soliman el Grande habia sucedido Selim II, aborrecido del ejército, á quien tuvo que comprar con enormes dádivas. Llevó al trono, al cual subió por cima de los cadáveres de sus hermanos, la avaricia, la embriaguez, la crueldad, la negligencia en los negocios, y todo hubiera perecido si no hubiese sido por su sabio ministro Mohammed Sokolli y el muftí Ebn-rund. Hizo las paces con el emperador Maximiliano II, sometió el Yemen, que se habia sublevado, y con objeto de hacer la guerra á la Persia sin atravesar los mortíferos desiertos, trató de abrir el canal en que ya habia pensado su padre, entre el Don y el Volga, para unir por este medio el Ponto Euxino con el Caspio; pero no pudo llevarlo á cabo por causa de las lluvias y de los ataques de los rusos. Ya hemos hablado de su guerra con Venecia y de la derrota que sufrieron los turcos en Lepanto, despues de la cual Sokolli dijo al baillío veneciano. «Vosotros nos habeis cortado la barba, y nosotros á vosotros un brazo; la barba renacerá más hermosa y espesa, y el brazo no.» En efecto, Kilig-Alí (*Okiali*) se salvó atravesando por medió de los nuestros con cuarenta galeras, las aumentó hasta doscientas y volvió á molestear á la Grecia. Los venecianos hicieron nue-



vamente la paz con los otomanos; Felipe II de España envió tropas que sitiase á Túnez, donde Muley-Homaidah, despues de haber arrojado á su padre Muley Hassan, á quien habia favorecido Carlos V, se habia hecho dueño del reino. Don Juan llevó felizmente á cabo la empresa, pero no obedeció la órden de destruir la ciudad, porque deseaba establecer en Africa un reino, cuya capital fuese Túnez y él el rey. Pero Kilig-Alí, nombrado capitán-bajá, la acometió con trescientas velas y la recobró, así como la Goleta; de manera que Felipe tuvo que abandonar tambien á Oran.

Cuarenta gobiernos abarcaba entonces Turquía: ocho en Europa: Hungría, Tameswar, Bosnia, Semendria, Romelia, Caffa, Candia y el Archipiélago, con cuyo nombre se designaban la Morea, Lepanto y Nicomedia; cuatro en Africa, á saber: Egipto, Argel, Túnez y Trípoli; veintiocho en Asia, que eran Natolia, Karaman-Maraasc, Adana, Chipre, Alepo, Saida, Damasco, Trípoli de Siria, Seivas (el Ponto), Trebisonda, Chindir, Georgia, Daguestan, Chirwan, Kars, Van, Erzerum, Kerson, Bassora, Bagdad, Bakka, Mossul, Diarbekir; en Arabia, Gida, Sanaa, Zebid y la Meca. A estos hay que añadir los cuatro países tributarios de Transilvania, Moldavia, Valaquia y Ragusa. Pero con la batalla de Lepanto cesó su importancia en el mar, pues si bien los turcos se proveyeron nuevamente de armas y naves, habian perdido la fama, poder principal de las naciones conquistadoras, y que no puede recuperarse.

Estando ébrio Selim, dió una caída y murió; sus sucesores precipitaron la ruina encerrándose en los serrallos y perdiendo el único entusiasmo que podia hacerles queridos de la nacion, el de ponerse á la cabeza de los ejércitos. Le sucedió Amurates III, que mató á cinco hermanos suyos, y sin embargo, no era cruel, sino débil, lujurioso y avaro. Ni las rosas del nuevo serrallo de Scutari, ni las noches pasadas entre iluminaciones y fuegos artificiales, ni las caricias de las mujeres que eran su única compañía, le sacaron de su perezosa hipocondria, aunque le debilitaron hasta el punto de quedarse epiléptico. El visir Mohammed Sokolli habia sido depuesto y luego asesinado; la

sultana favorita dirigia al gran señor á su capricho, en union de otras de baja condicion y de viles traficantes en honores y poder. Los genizaros, que en tiempo de Soliman el Grande habian perdido el derecho de ir detrás del jefe del Estado, vieron cuán débil era el monarca en manos de efimeros visires. Como era consiguiendo, el ejército se desmoralizó tambien, y el gran visir Osman permitió que los buluk, guardias del sultan y de la bandera del profeta, vendiesen sus empleos. Cuando más tarde se pusieron en curso monedas faltas de peso, los buluk y los genizaros tomaron las armas, no como otras veces para promover alborotos, sino lo que nunca se habia hecho, para dirigirse contra el divan, penetrando en el serrallo y pidiendo la cabeza ó la destitucion de los ministros; de aquí resultaron muchos incendios y sublevaciones, y un ejemplo funesto para el porvenir.

De los ciento dos hijos de Amurates, vivian cuarenta y siete, de los cuales fueron degollados diez y nueve varones por órden de su sucesor Mahomet III, y arrojadas al mar diez mujeres embarazadas. Era Mahomet rigoroso observador de la ley de Mahoma, y abandonó el gobierno en manos de su predilecta la veneciana Sofia Baffo, que era quien ponía y quitaba los visires, único acontecimiento notable de aquellos tiempos y origen de sublevaciones continuas. El ejército que se envió contra Hungría desplegó por primera vez el estandarte del profeta, que hasta entonces se habia conservado en Damasco, y que despues fué llevado á Constantinopla; sin embargo, la empresa tuvo fatales resultados. A fin de secundar los deseos de los soldados, Mahomet se puso á la cabeza del ejército de Hungría; pero no consiguió mejor éxito. El renegado Cicala trató de disciplinar los ejércitos; y habiendo hallado al contarlos que habia treinta mil menos de los alistados, los declaró desertores é infames. Estos se reunieron en Asia á las órdenes de un tal Abdulamin, y tomaron á Edessa, donde sostuvieron sitios y batallas, y Abdulamin conservó la autoridad suprema, que transmitió á su hermano Dali Husein. Este se sometió despues al gran señor, y murió en Hungría combatiendo



do á la cabeza de diez y seis mil hombres; pero se sublevaron otros jefes, contra quienes se enviaron otras expediciones, y hubo traiciones y perdones mentidos. Posteriormente (1622) Abasa Beglerbey de Erzerum se puso á su cabeza, y tomó á Siva y á Angora.

Extenuado Mahomet por la lascivia, murió á los treinta y cinco años, y tuvo por sucesor á Acmet I, de edad de quince, que acababa de salir del serrallo, donde habia sido educado entre las mujeres y los eunucos, el cual se separó de la senda del fratricidio y lo hizo todo por consejo de las mujeres y de los mufties. Aunque estaban en paz ó habian firmado treguas, los turcos no cesaban de hacer correrías por el territorio de sus vecinos los húngaros; el archiduque Carlos de Gratz, hermano del emperador Rodolfo II, compró en los confines de Croacia un terreno desierto, donde construyó á Carlstadt, acuartelando en ella un cuerpo de tropa permanente; con cuyo objeto el Imperio le suministró 750.000 florines, y 140.000 la Estiria.

Los habitantes, arrojados de las provincias sucesivamente ocupadas por los otomanos, habian ido á establecerse al rededor de Clisa de Dalmacia, y eran llamados por los turcos uskokos, es decir, desertores. Desde allí hacian incesantes correrías por las tierras de los turcos, de modo que éstos sitiaron á Clisa y la tomaron, aunque era considerada como inexpugnable. Entónces los uskokos que huyeron á Croacia y ocuparon la marítima Zengh, continuaron molestando á los turcos; y más tarde salieron al mar, acogieron á los emigrados de Italia, y piratearon en contra de Venecia. Hassan bajá de Bosnia, obtuvo licencia del diván para limpiar el imperio, y acometió á los uskokos y al emperador Rodolfo, que los protegía; entró en Croacia con treinta mil hombres, y puso sitio hasta á Sissek; pero Andrés de Auersberg, comandante de Carlstadt, le acometió y le destrozó, matando doce mil turcos, entre ellos muchos célebres, como Hassan, por lo cual se llamó á aquel año de la desgracia. El gran visir Sinan marchó á vengarle, pero se le opusieron los húngaros con vária fortuna.

La Transilvania continuaba bajo el poder de los turcos. Estéban Batori, que fué rey de Polonia (1574), renunció aquel principado en su hermano Cristóbal, que al morir le dejó á su hijo Segismundo. Este, que habia sido educado por los jesuitas, entró en escrúpulos de aquel vasallaje, é irritado por otra parte de la insolencia de Senau, trató de unirse al Austria. Los grandes se opusieron á aquel pensamiento, y tomaron pretexto de aquí para derribarle á él y á los jesuitas; pero los rápidos castigos ahogaron la conspiracion, y Segismundo se alió con el emperador Rodolfo para hacerse independiente. En vista de esto, Carlos de Mansfeld, lugarteniente del archiduque, acompañado de un gran número de nobles alemanes, bohemios é italianos, tomó á Estrigonia y destrozó al gran visir en Giurgevo. Mahomet III en persona tomó á Agria por la avaricia de los austriacos y la habilidad de Cicala, y derrotó en Keresztes al archiduque Maximiliano.

El emperador carecia de dinero, porque los protestantes le negaban los subsidios, y tenia precisión de licenciar el ejército al finalizar el verano, al paso que sólo en invierno hubiera podido tomar las fortalezas por hallarse helados los pantanos. La puerta era favorecida por las discordias intestinas de la Hungría, y la guerra continuó con mil alternativas hasta 1606, en que tuvo efecto la paz de Sinatorok, que no fué como las precedentes una concesion del vencedor al vencido rey del Austria, sino un tratado entre iguales como si fuesen padre é hijo; se prohibieron las incursiones, se devolvieron los prisioneros, y quedó libre la Hungría del vergonzoso tributo de los 50.000 cequies. El baron Herman de Czernin, enviado de embajador á Constantinopla, entró en la ciudad á són de música y con bandera desplegada, sobre la cual habia un águila y un crucifijo. Corria la prediccion de que el Imperio caería cuando la cruz apareciese en Bizancio; por lo que acometió á los ánimos un terrible terror, y se decia que los conventos y las casas estaban llenos de armas, y que los jesuitas querian apoderarse de la ciudad; así fué que los habitantes recurrieron á las armas, y en medio de aquella inquietud se firmó la paz.



Acmet murió á los veintinueve años sin haber hecho nada, y le sucedió su hermano menor con el nombre de Mustafá, que era imbécil desde niño; de modo que su misma madre permitió que se le volviese á la *jaula*, nombre de la habitacion de los hijos y hermanos del sultan, y se sacase á Otman II, hijo de Acmet, de trece años de edad. Otman fundó una biblioteca, violó por avaricia las leyes, casándose con mujeres libres y debilitándose por el abuso de ellas, hasta el punto de extenuarse y quedarse estúpido; por lo cual el pueblo se disgustó, y los genizaros le odiaron por su avaricia y el rigor con que mandaba echar al mar á los soldados que encontraba en su paseo bebiendo ó fumando. Creyendo los genizaros que trataba de disolverlos y sustituirlos con egipcios ó sirios, se sublevaron y pidieron la cabeza de los favoritos, y no habiéndola obtenido, proclamaron á Mustafá. Le hallaron extenuado en su lecho en medio de dos mujeres, en una habitacion que tenia por el techo su única entrada, y sin haber comido en dos dias. Otman, que se resignó demasiado tarde á sacrificar á sus ministros, fué atrocemente degollado; este es el primer regicidio otomano.

El imbécil Mustafá corria como un loco por el serrallo, golpeando todas las puertas y llamando á su sobrino Otman para que fuese á librarle de aquella carga, por lo cual reinaron en su nombre su madre y el gran visir Mere Hussein, ó mejor dicho, los genizaros. Estos querian que se castigasen los homicidios de Otman, é hicieron todo lo que les pareció, hasta que destituyeron á Mustafá y ciñeron la espada á Amurates IV el Valiente, hermano del muerto. Amurates se halló en poder de las cimitarras que habian derribado á su tío y á su hermano, con el erario exhausto y el Asia en desórden; pero á la edad de veinte años sacudió la dependencia de su madre y de los visires, quitó de en medio á los revoltosos con la espada y la horca, y desplegó una grandeza cruel. Era de una fuerza y agilidad extraordinaria para todos los ejercicios corporales; tenia hasta novecientos caballos en sus caballerizas, con pesbreras y cadenas de plata; estaba rodeado de espías, y él mismo se dedicaba á escuchar por

las noches; tenía sed de sangre y oro, y además de sus propios hermanos, mató muchos hombres, yendo á porfía con la peste que entónces reinaba con furor. Una vez se aproximó al serrallo el hijo de un bajá, y él mismo lo mató; se arrojó tambien una barca de mujeres, y mandó sumergirla; mandó degollar á otras porque estaban en un prado riéndose, y á otros muchos porque usaban tabaco ú opio. Llegaron á cien mil las víctimas de su cruel hipochondria, y decia: *La venganza no envejece, aunque encanezca.*

En otras partes hemos hablado ligeramente de los maronitas, nombre que les viene de Maron, piadoso solitario de los primeros siglos (1433) fiel á la Iglesia Romana en sus disensiones con la Griega, el cual tuvo en Hama una capilla, al rededor de la cual se elevó un monasterio, famoso en Siria. Un monje de éste, llamado Juan el Maronita, que vivió en el siglo VII, adquirió fama de piadoso, y sostuvo la causa de los papales, siendo enviado á predicar al Líbano como obispo de Gebel. Le escucharon todos los cristianos de Siria que no se adhieron á los monotelitas, y se formó un pueblo, que al defender el Líbano, aseguraba su independencia civil y religiosa, y recibiendo de Juan armas y disposiciones, ocupó casi toda la montaña hasta Jerusalem. Segun la debilidad ó fuerza de los musulmanes, los maronitas se extendian ó estrechaban; debieron aumentarse en tiempo de las Cruzadas, aunque no se hace mencion de ellos hasta el año 1215, en que se unieron más estrechamente con la Iglesia Romana. Esta union se aflojó al acabar la dominacion latina en Levante; pero Eugenio IV les indujo de nuevo en 1445 á que reconociesen la supremacia papal, á la cual continúan siendo fieles. Por una prudente condescendencia, Roma les consintió la liturgia siriaca, el matrimonio de los simples sacerdotes, y la comunión bajo las dos especies con un pan ácimo mojado en el sagrado vino, que se repartía á los fieles. El patriarca (*batrah*) es elegido por los obispos y confirmado por el legado pontificio; sus muchos obispos viven modestamente en inmensos monasterios, siguiendo en su mayor parte la regla de San Antonio; cultivan las tierras, se dedican á oficios, educan al pueblo, y de él escogen los turcos y los



drusos sus escribientes, como se hace en Egipto con los coptos, y entre los afganes con los persas. Gregorio XIII fundó para ellos en Roma un colegio, de donde salieron famosos orientistas. Se resistieron á la conquista otomana, en union de los drusos; y hasta el año 1588 no envió Amurates III á Ibraim, bajá del Cairo, para que los redujese á la obediencia.

No se sabe de cierto de dónde proceden los drusos; pero parecen una tribu del desierto, que habiendo adoptado una de tantas herejías del cisma musulmán, se refugiaron en el Libano y del mismo modo que los maronitas, permanecieron independientes. Aunque separados por la religion, se unieron por interés para defender la montaña, hasta que unidos los venció Ibraim. Estaban mal gobernados y divididos en dos partidos, los Quaisos y los Yamanes; los primeros se distinguían por un clavel rojo, y los segundos por una adormidera blanca, y unos y otros satisfacían sus odiosas venganzas. Los turcos determinaron que existiese un solo jefe de policía que respondiese del tributo; pero con esto fundaron y perpetuaron un poder, que se hizo independiente.

Entonces lo era Fakr-edyn, dueño de gran parte de la Siria, que se atrevió á oponerse al gran señor; pero asustado con los preparativos que éste hizo, abasteció la fortaleza por tres años, y despues pasó á Liorna con su favorita, su hija y su primer ministro, llevando muchas riquezas, y ofreció vasallaje á los príncipes cristianos y pelear con ellos en la Tierra Santa. El duque de Osuna, virey de Nápoles, tuvo órden de llevar á Fakr-edyn á sus Estados y sostenerle en ellos. Los recobró, en efecto, y continuó en buenas relaciones con la Toscana, de donde llevaba operarios; y mientras que el imperio Otomano se hallaba desordenado, él aumentó sus posesiones. Amurates IV envió contra él cien mil soldados, y no pudiendo resistirles, porque las sectas tenían dividido su país, se dejó persuadir de que debía ir á Constantinopla. Su edad, su buen juicio y su aspecto le conquistaron la confianza de Amurates; pero los cortesanos, envidiosos, consiguieron que fuese asesinado en presencia del gran señor. No por esto dejaron de formar los drusos

un Estado independiente; y la posteridad de Fakr-edyn continuó dominando hasta hace un siglo, en que sucedió en el mando la familia de Shaab, de donde procedía el emir Beschir, á quien hemos visto emigrado en Roma.

Grandes fueron las guerras que Amurates III hizo contra la Persia, la cual estaba gobernada por reyes débiles y esclavos robustos. Cuando Thamasph, de diez años de edad, sucedió á Ismael I, que era venerado como fundador de una nueva fé y de una religion nacional, se sublevaron las tribus turcas del país, deseosas de aprovecharse de la corta edad de aquél. Pero Thamasph, al cabo de algunos años destruyó á los Usbekos, derrotó al gran Soliman é invadió la Armenia, tomando muchas provincias á los otomanos; hospedó al rey Humayem, que habia sido arrojado de la India, le repuso en el trono de Dehli, con lo cual adquirió gran gloria. Cuando Soliman volvió á acometerle, llegando hasta Ispaham, él le aplacó entregándolo á su rebelde hermano Bayaceto. Los Usbekos, sin embargo, no le dejaron descansar en los cincuenta años que reinó, y que fueron tristes por las terribles hambres que sufrió el país.

Los hijos de los sofíes eran educados por los diferentes jefes de las tribus, á fin de que la envidia reciproca impidiese las peligrosas inteligencias, y del mismo modo crecieron los muchos hijos que tuvo Lhamasp. Aider Mirza, su predilecto, se apoderó de los tesoros del reino; pero los jefes kurdos, georgianos y circasianos le asesinaron aquella misma noche, y sacaron á Ismael II de la prision en que le tenía su padre hacia veinticinco años. El uso del opio y el despecho le habian puesto feroz, y no sólo mató á ocho hermanos suyos, sino también á diez y ocho magnates, y continuó con su costumbre de embriagarse. Los débiles y tumultuosos, cuanto efimeros reinados, no merecen atencion.

Aquellos tumultos parecieron al gran señor Amurates III una buena ocasion para acometer á la Persia, tanto más, cuanto que un iman habia visto en sueños á la puerta del divan escritas estas palabras con caracteres de fuego: *Amurates vencedor de Iran*. Lala Mustafá, que fué enviado para llevar á cabo aquella



empresa, sometió la Georgia; luego Osman Bajá tomó á Tauras y levantó pirámides de setenta y cinco mil cabezas. De vuelta á Constantinopla, Amurates le hizo sentar á su lado para que le refiriese los sucesos de la expedicion, y cuando oyó la derrota de Araschan le interrumpió exclamando: *Bien hecho, Osman*; y quitó una pluma de garza con brillantes de su turbante y la colocó en el de Osman; cuando le contó que habia vencido á Amza Mirza, dijo Amurates: *Tu recibirás el premio, le recibirás*, y le ciñó un puñal que era todo de piedras preciosas; al oír la victoria conseguida sobre Iman Kulican de Genge, le adornó la cabeza con otro airon más precioso; y cuando, en fin, le expuso el sitio que habia sostenido en Caffa con sólo tres ó cuatro mil hombres, Amurates levantó las manos implorando sobre él la bendicion del cielo, y le dijo: «Tu rostro brille en uno y otro mundo; Dios favorecedor y vengador te sea siempre benigno; adonde quiera que vuelvas tus pasos, vaya contigo la victoria. Que te sea dado sentarte en el Paraíso en el mismo kiosco y á la misma mesa que tu homónimo el califa, y que en la tierra vivas largos años con aumentos de honores y poder.» Entonces, á una señal suya, el gran mayordomo (*Kapugá*) condujo fuera á Osman, y desde la cabeza á los piés, desde el caftan hasta la camisa, desde las babuchas hasta el turbante, le adornó con vestidos del sultan, con los cuales y con los regalos volvió á entrar, no acabando nunca de dar gracias por tanta generosidad.

Pero Abbas Mirza nació para restaurar la fortuna de la Persia, subiendo al trono por cima del cadáver de su hermano, adonde se sostuvo por medio del terror. Habiendo predicho los astrólogos que amenazaba un gran peligro al rey de Persia, él abdicó é hizo coronar á un hombre oscuro, á quien al cabo de tres días asesinó, creyendo que de este modo habia declinado sobre él la desgracia que presagiaban los astros. Principiando de nuevo con confianza sus empresas á la cabeza de los terribles kurdos, fué el espanto de sus vecinos en los cuarenta y dos años de su reinado. Primeramente reprimió á los usbekos y á los turcos; y el tratado de paz que hizo con ellos, en que

conservó la Georgia y el Aderbiyan es memorable, porque trata de las cuestiones religiosas, y obliga á los persas á venerar á los imanes, y á no hablar mal de Aisha la Casta. Esto era provocar nuevas guerras, y él se preparó á ellas en doce años de paz, en los cuales se valió del inglés Sherley para construir cañones y disciplinar el ejército, y por intercesion de éste concedió favores á los negociantes cristianos; tambien envió por Europa embajadores persas incitando el odio contra los turcos, pero nada consiguieron.

Entonces Abbas, entusiasmado con las ideas de patria y de religion, se dirigió contra los bajás turcos, tomó á Eriban, y derrotó á Cicala, que murió de sentimiento, despues de haber sido musulman por espacio de treinta años. Durante aquella larga guerra trasladó ochenta mil familias de la Georgia á la Hircania, Armenia y Farsistan; tomó tambien la isla de Bahrein, la más importante del Golfo Pérsico, y por fin hizo la paz, conservando todas las adquisiciones que habia hecho por ciento ó doscientas cargas de seda al año, con lo cual acrecentó la gloria del santo Alí, abogado de las victorias persas. Abbas trasladó á Ispaham la córte del imperio, y es considerado como su segundo fundador; hermoheó sus ciudades, construyó una muralla de trescientas millas en el Mazanderan; levantó pirámides de cabezas de rebeldes, aborreció á sus hijos, mató á uno, y sacó los ojos á otro; y sin embargo, fué llamado grande, y la tradicion le atribuye cuanto tiene de hermoso y magnífico la Persia moderna. Fué amigo del emperador de Dehli; protegió las factorias inglesas, francesas y holandesas; pero miraba con recelo las de Portugal, que aún poseía á Ormuz, y para despojarle de él recurrió á los ingleses á fin de que le proporcionasen una escuadra, y dispensó de los derechos de aduanas á la Compañía de las Indias; así pues, desembarcó en Ormuz y destruyó la ciudad, sin que los ingleses sacasen provecho alguno del fratricidio. Las embajadas que éstos enviaron llenaron el mundo con la narracion de las riquezas persas.

Entre tanto, Amurates fué molestado continuamente por los genizaros, y le valió mucho